

Experiencia aérea – Parte I

Autor: Manolo Campa

Nunca me ha entusiasmado la idea de viajar en avión. Por eso, cuando se me informó que tenía que volar a Baltimore, me temblaron las piernas, perdí el apetito, el sueño y sufrí otros síntomas relacionados con la fobia a los aviones.

Como el viaje era por cuenta de la compañía para la que trabajo, no pude llevar a mi mujer para que me diera ánimo, algo así como de "cheerleader"... ni a mi suegra para que sufriera también.

Los aviones siempre me han impresionado... mal. No me explico como un artefacto tan grande, hecho por el hombre, con las alas tiasas y sin plumas, puede volar tan alto y tan rápido durante tanto tiempo. La velocidad me aterra, la altura me da vértigo. Siempre pienso lo peor a pesar de estar consciente del progreso y la seguridad que ha alcanzado la aviación comercial.

El aeropuerto es un moderno laberinto que no he logrado descifrar. Me pierdo en él. No "doy pie con bola" ni por casualidad. Me enredo en aquella madeja de curvas, ángulos, flechas, señales intermitentes, barreras automáticas, timbres que suenan dentro de una columna de metal por donde sale una lengüita que se tiene que halar... el timbre no deja de sonar hasta que nos apoderamos del comprobante que sale por la ranurita marcando la hora en que llegamos.

En el aeropuerto todo para mí es un problema. En mi última visita cuando pretendía encontrar un espacio para dejar mi carro estacionado en los espacios de abajo, hacia el oeste, no lo encontré. Después de dar muchas vueltas, apareció uno... arriba, en la sección al este.

Para evitar todas esas molestias le pedí a un compañero de trabajo que me llevase hasta la Terminal aérea de Miami. Durante el recorrido, con su mejor intención, pero consiguiendo aumentar la flojera que yo sentía, me recomendó insistentemente que tomara un buen seguro de viajero "por si las moscas".

Me dijo, con una falta de piedad enorme: "Por unos pocos dólares, tu familia quedará económicamente bien si tu 'entregas los tenis' en este viaje". "Entregar los tenis", me aclaró, por si no lo había entendido bien, es lo mismo que "guardar el carro", "cantar el manisero" o "estirar

la pata". Qué hombre tan siniestro, me dije tratando de encontrar consuelo a mis angustias.

Estando en busca de los mostradores de la compañía por la que iba a volar, un maletero trató de ayudarme con mi maleta. No dejé que lo hiciera... quise ahorrarme la propina... además la "valija" no pesaba tanto: contenía una camisa limpia, un pañuelo bien doblado, una camiseta para tiempo frío con botoncitos en el cuello y largo de minifalda, el cepillo y la pasta para los dientes, seis calzoncillos y un paquete extra de pastillas para "entonar" el estómago.

El maletero tenía la corpulencia de King Kong pero lampiño con una gorra roja en la cabeza. Me dedicó una profunda mirada de desaprobación que me hizo sentir culpable de usura, despojo y de atentar contra sus "civil rights".

A los pasajeros, antes de entrar al avión, nos revisaron detenidamente en busca de armas escondidas como medida de precaución ante los actos de piratería aérea.

Hasta ese momento no había pensado en este otro riesgo. Agregué esta nueva preocupación a las otras que ya se anidaban en mi mente... y todo esto tenía de soportarlo lejos de mi mujer que cuando está a mi lado me infunde algo del valor que ella tiene y a mi me falta...

(Continúa)